

ct

Afuera están los perros

de
Francisco Javier Suárez Lema

(fragmento en castellano)

MUJER

Como mi pareja.

FÁTIMA

Pueden pensar que soy un hombre.

MUJER

No es mi guerra, Fátima.

FÁTIMA

¿No es tu guerra?

MUJER

Que la gente piense lo que quiera.

FÁTIMA

A ti te puedo exigir compasión; a los demás, delicadeza.

No sé qué pensar. Eres una conservadora.

MUJER

¿Una conservadora?

FÁTIMA

Severa contigo misma.

MUJER

Ya. ¿Y qué más?

FÁTIMA

Hemos convertido nuestra existencia en una melodía pegadiza. Como la de los demás. Para no levantar suspicacias.

MUJER

Déjalo, Fátima.

FÁTIMA

Ya somos mayorcitas. Y con nuestra edad, me pregunto hasta qué punto no hemos adoptado las costumbres de la mayoría. Consciente o inconscientemente. Por miedo a sabernos minoría. Por miedo a que nos señalen o a protagonizar sus chismorreos. Adoptamos los rituales de los que nos han aceptado en su comunidad para no aislarnos en un gueto. Tenemos una gran ventaja. ¿Sabes cuál? Que tenemos pasta. Que podemos vivir en este barrio acomodado. Compartiendo las calles con gente amable. Con gente buena que nos toma por mujeres honradas. Triunfantes. Con gente que ha decidido *hacer la vista gorda*. Porque eso es vivir en comunidad. Hacer la vista gorda. (Pausa) Decir: “No es mi guerra”. Y ya está. Seguir adelante. Tú y yo también caemos en eso. En hacer la vista

gorda. *(Pausa)* He pensado en ir a Marruecos, en sentarme con mi madre y mis hermanos y enfrentarme a ellos. En decirles: “Mamá, hermanos, esta es la persona a la que quiero. Es una mujer”. Y tras su previsible rechazo, irme a pasear por las calles de Fez. De mi ciudad. Con la libertad de saber que he cambiado la melodía. Que le he añadido otra estrofa. Esa que debía ser incluida. Y nos sentaremos en un café y fumaremos en *shisha*. Y beberemos té y comeremos dátiles. E iremos por las calles de Fez, riendo y hablando, tú y yo. Radiantes. Y nos subiremos a alguna escultura en una plaza allí, en Fez, y nos besaremos en todo lo alto para que todos nos miren. Por un momento, por un tiempo, habitaremos ese universo paralelo. Como si estuviésemos celebrando la aceptación de mi familia en lugar del rechazo.

Pausa. La Mujer no la juzga. Incluso le suena tierno. Asimilable, pero lejano. Quizá, la Mujer está más curtida que Fátima.

No quiero que, un día, nos encuentren momificadas en la cima de un Kilimanjaro. *(Comienza a toser de nuevo)* Solo quiero ser igual de infeliz que el común de los mortales.

MUJER

Yo ya soy feliz. Ya soy feliz contigo, Fátima.

Pausa larga.

FÁTIMA

Aquella noche, de madrugada, acabamos en urgencias.

MUJER

A ella la ingresaron. La tos pertinaz no tenía nada que ver con la lluvia. Pronunciaron las palabras:

FÁTIMA

Cáncer de origen ovárico. Se ha extendido a los pulmones.

Pausa. La Mujer tiene una narrativa para Fátima. Para la ocasión que ha surgido.

MUJER

Hacer el relato de mí misma no equivale a ajustar cuentas conmigo. Yo solo ajusté cuentas conmigo cuando fui consciente de que podía haber hecho sufrir a Fátima. Quise decirle que la agresión estaba antes de la generosidad, que es parte de la vida y no puede, aunque queramos, estar proscrita. Si la erradicamos, la vida desaparece.

FÁTIMA

“¿La agresión estaba antes que la generosidad?”. ¿De dónde has sacado esas ideas?

MUJER

Quise decirle: “sé que a menudo sientes que los demás se creen con la potestad de castigarte moralmente”.

FÁTIMA

El castigo sirve para construir memoria.

MUJER

Y su memoria estaba abarrotada. *(Pausa)* Tu memoria está abarrotada, Fátima.

FÁTIMA

Hace años que debías haber enterrado tu mala conciencia. Esa que nos quisieron meter entre ceja y ceja.

MUJER

Fátima, mi querida Fátima.

FÁTIMA

Soy tu mujer. Tu amante. Tu apoyo. Tu novia. Decir que soy *tu pareja* es reconocer que llevas una fascista en tu interior.

Se proyecta en pantalla un vídeo científico que ilustra un proceso de ataque a células cancerígenas. Fátima lo observa.

MUJER

Cuando la oncóloga nos dijo lo que habían detectado en el cuerpo de Fátima, me pasé la noche mirando vídeos como este. En la habitación del hospital donde quedó ingresada. Mientras ella dormía. *(Pausa)* En azul, vemos las células cancerígenas. En rojo, los linfocitos T atacándolas para destruirlas.

Pausa. Fátima mira el vídeo hasta que acaba.

Me imaginé a mi fascista interior de color azul. Y un ejército de células rojas intentando asediarlo. *(Pausa)* No digas eso, Fátima. No digas que llevo un fascista en mi interior.

Fátima mira ahora a la Mujer.

FÁTIMA

Todos llevamos uno en nuestro interior, en mayor o menor medida. El tuyo actúa con plenitud de poderes.

MUJER

¿Cómo? ¿Cómo actúa?

FÁTIMA

Se ocupa de censurar desde dentro.

MUJER

Sigue.

FÁTIMA

Elige las palabras neutras por ti. “Pareja”. “No es mi guerra”.

MUJER

Sigue.

FÁTIMA

Hace los borrones por ti en el discurso que has de soltar por la boca.

MUJER

Sigue.

FÁTIMA

Toca una maldita campana y tú levantas la patita. Para evitar la descarga. Como *Charlize*, la cabritilla.

MUJER

¿*Charlize*?

FÁTIMA

Y tú levantas la patita.

MUJER

Quise decirle: el terror, el miedo y el sufrimiento son extrañamente fecundos. Nos han hecho más reflexivas, más conscientes. Pero ella siempre me respondía que era yo la única/

FÁTIMA

La única que ha volcado contra sí misma todas las agresiones indirectas, los rechazos colaterales.

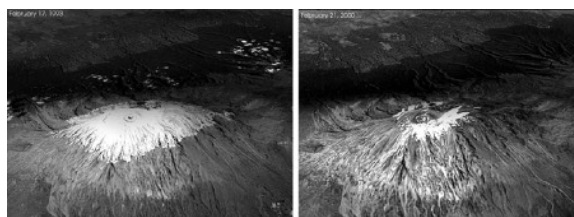
MUJER

Que era yo la única que había desarrollado una mala conciencia.

FÁTIMA

¿Te has dado cuenta de los besos que me escatimas en la calle? ¿De los abrazos, las caricias, los gestos de complicidad que nos censuras, a ambas, cuando hay espectadores? Para tu información, las nieves del Kilimanjaro están desapareciendo. Me pregunto a dónde iremos las leopardas cuando las cimas de las montañas se queden sin sus neveros. Me pregunto si dos leopardas que se aman deben esconderse.

Fátima sale. La Mujer mira de nuevo el vídeo, que se apagará a los pocos segundos para dar paso a dos imágenes que ilustran la regresión de la nieve y los glaciares en la cumbre del Kilimanjaro entre el 17 de febrero de 1993 (izq.) y el 21 de febrero de 2000 (dcha.)



La Mujer se desplaza por el escenario y llega de nuevo al restaurante.

VI

La Mujer llega al restaurante y se sienta de nuevo junto a la mesa. Allí se encuentra el Hombre.

HOMBRE

¿Te noto afligida?

MUJER

Pienso en el pobre pato. Al comer el *magret*.

HOMBRE

Venga ya.

MUJER

Hablo en serio. Los ceban hasta un extremo pornográfico. La alimentación forzada comienza cuando las aves tienen entre ocho y diez semanas. Suelen inmovilizarlas, ya que muchas veces pierden el apetito y se niegan a ingerir, y les colocan en el pico un embudo con un tubo de metal de hasta cuarenta centímetros. Introducen a presión el alimento tres veces al día. Es cierto. Algunos criadores les ponen una goma alrededor del cuello para que no vomiten. Al estar inmovilizado, el animal no gasta energía y va acumulando grasa en todo su cuerpo, especialmente en el hígado. Pueden llegar a hincharse hasta diez veces su tamaño normal. Sí. Pasan de pesar apenas ciento cincuenta gramos a un kilo y medio.

La Mujer come la carne.

Muchos de los patos y gansos mueren durante ese cebo forzado. Al estar inmovilizados, no pueden defenderse de los gusanos que invaden las heridas que comienzan a aparecer alrededor del cuello.

La Mujer come y, después, bebe vino.

HOMBRE

Por dios. No sé. Me temo que esos son cuentos para veganos.

MUJER

Yo conocí a una mujer. Se definía como anarco-vegana. Solía ir a las puertas de los mataderos donde llegaban los camiones de transporte de animales y allí se reunía con otras personas para darles el último adiós a los cerdos, a las vacas, etcétera.

Se acercaban al transportista y le pedían que parase unos minutos, antes de seguir al matadero, para que, a través de las rendijas de respiración del camión, los allí reunidos pudiesen hablar con los animales y pedirles perdón; presentarles sus disculpas por cómo la humanidad los estaba tratando. Le dije que me recordaba a lo que había hecho Nietzsche en Turín.

HOMBRE

¿Nietzsche? ¿En Turín?

MUJER

A Nietzsche lo detuvieron en la ciudad italiana de Turín por provocar un desorden público. La versión que se cuenta es que el filósofo caminaba por la Piazza Carlo Alberto y escuchó un alboroto. Se aproximó al lugar de donde procedía el ruido y vio cómo un cochero estaba castigando con violencia a su caballo. Esto llamó la atención de Nietzsche, que se acercó rápidamente al cochero y lo reprendió. Luego se abrazó al caballo, rodeándole el cuello con afecto, y le dijo algo al oído. Probablemente le pidió disculpas al animal. Después se desmayó.

HOMBRE

¿El caballo?

MUJER

No, Nietzsche.

El Hombre juega con la carne en el plato. Parece haber perdido el apetito.

HOMBRE

No sé por qué estamos hablando de algo así. Me ha quitado el apetito, la verdad.

(...)
